



Ficha 1: El perdón en la historia de la Salvación

La llamada a la conversión hecha por Jesús desde los comienzos del Evangelio se nos muestra en continuidad con el mensaje de reconciliación de Dios en el Antiguo Testamento. Por esta razón en un primer momento nos tenemos que fijar en cómo este tema se trata a lo largo de toda la historia de la Salvación

A diferencia de otras culturas e incluso de la filosofía griega, progresivamente el pueblo de Israel va tomando conciencia de esta realidad. A medida que va experimentando la presencia y acción salvadora de Dios, experimenta su culpa y su alejamiento, es consciente de la gravedad de sus pecados e intensifica su acción penitencial.

Este sentido de pecado especialmente se desarrolla en el marco de la alianza como desobediencia (Is 1,2; Jr 3,14), adulterio (Os 2,4), injusticia, violencia,... se nos muestra como consecuencia de la libertad humana (Gn 2,16-17). El pecado tiene su origen en el corazón proclive a la maldad (Gn 6,5). El hombre no se puede purificar a sí mismo de su pecado, por eso la renovación del hombre sólo puede venir por la intervención de Dios que es rico en misericordia. (Puede leerse alguno de los textos citados y comentar).

La misericordia de Dios

A pesar del pecado, especialmente los profetas, muestran la misericordia de Dios y la llamada a la conversión. Este mensaje se inserta dentro de la fidelidad y misericordia de Dios para con el pueblo, que a pesar de su infidelidad a la alianza, Dios lo lleva a la conversión y a la reconciliación (Is 47,6).

Jeremías promete una alianza nueva y eterna (Jr 31,31) caracterizada porque no hará pasar las culpas de los padres a los hijos, que perdonará los pecados (Jr 31,34) y que establecerá la ley en el corazón (Jr 31,33). Ezequiel también se sitúa en esta misma línea (Ez 36,26) anunciando una purificación radical y definitiva.

Muchos son los modos y los medios a través de los cuales Dios hace llegar su perdón. Se puede obtener por intercesión de hombres justos, por la vía ritual y cultural, por la misma curación de una enfermedad,...

Arrepentimiento y conversión

Para poder ser perdonados es necesaria la conversión, la vuelta, un cambio de dirección. Las llamadas de los profetas a la conversión significan el retorno a Dios y el abandono del mal, volver el rostro a Dios y dejar de darle la espalda (Jr 2,27). Esta llamada a la conversión de los profetas se dirige a todo el pueblo, porque ha violado la alianza, ha abandonado a Yahvé y despreciado al Santo de Israel (Is 1,4); es una llamada de denuncia del pecado y a la vez un anuncio del perdón, de la misericordia y de la esperanza (Is 1,5ss). En el Antiguo Testamento se concibe como un auténtico cambio interior que provoca una transformación de toda la conducta humana.

El corazón nuevo que crea la conversión es un don de Dios (Jr 24,7), por eso el hombre se tiene que dejar corregir (Sb 12,26) y convertir. Dios en efecto perdona al hombre de corazón humillado y contrito (Sal 51,9); el pecador, para poder buscar a Dios con corazón sincero, tiene que abandonar el mal, la injusticia y la opresión de sus semejantes. Esta conversión es al mismo tiempo compromiso libre del hombre y don de Dios: *conviértete, Señor, y me convertiré* (Jr 31,18-19).

En toda la historia de la salvación este arrepentimiento se muestra de diferentes formas. Abundan los textos en los que varios personajes o el pueblo mismo confiesa su pecado, su infidelidad (Gn 50,17; 1 Sm 25,23s; Jos 7,19), por eso piden el perdón y denuncian su conducta injusta. Estas confesiones individuales o colectivas del propio pecado unidas a la conversión del corazón, obtenían el perdón de los pecados (1 Re 8 33-35; Esd 9,6-15); En esta misma línea se sitúan los salmos penitenciales (Sal 50; 51).

Por otro lado también podemos destacar la existencia de una liturgia penitencial (por ejemplo el día del *Yom Kippur* Lv 16). Esta liturgia penitencial es propia del pueblo judío, cuyos ritos se realizaban para huir de un peligro o calamidad, ya que el origen de estos males se encontraba en el castigo por el pecado del pueblo. Mediante estos ritos se pretendía reconocer la total dependencia de Dios y se ponían en sus manos, manifestando así el cambio de vida. Esta liturgia penitencial primitiva adquiere muchas formas como los sacrificios expiatorios (Jr 14,2), asociados siempre al ayuno, a las lamentaciones, a rasgarse las vestiduras; sobre todo destaca la fiesta anual de la expiación o *Yom Kippur* que era el símbolo máximo de reconciliación del pueblo entero con el rito de expulsión del macho cabrío al desierto, llevando consigo los pecados del pueblo (Nm 5,7-8).

Pero a veces estos ritos se quedaban en lo externo, por lo que los profetas recordaban constantemente la necesidad de conversión, cambio del corazón, para poder obtener el perdón (Os 5,6s). Esta conversión es al mismo tiempo un compromiso del

hombre y un don de Dios. Este perdón de Dios se concibe como una curación, una purificación.

Junto a la experiencia de pecado que el pueblo de Israel tiene, Dios siempre se vale de personas, de situaciones, de intercesiones para perdonar su pecado y reconciliarlo con él. En toda la historia de la salvación se percibe que Dios extiende su misericordia a todos los hombres, ya que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta de su conducta y que viva (Ez 18,21-23).

Para tu reflexión

1. ¿Cómo surge la experiencia de pecado y de perdón en el pueblo de Israel?
2. ¿De qué maneras podía conseguir el perdón de sus pecados un judío?
3. ¿Cómo vives la llamada a la conversión que Dios nos hace a cada uno de nosotros?